

Identidad de grupos y arquitectura doméstica. Notas para la arquitectura doméstica en Bergara en los siglos XVI y XVII

(Group identity and domestic architecture. Notes on domestic architecture in Bergara in the 16th and 17th centuries)

Gil Massa, Jesús Ángel

Univ. del País Vasco. Esc. Univ. de Magisterio. Plaza de Oñati, 3.
20018 Donostia-San Sebastián

BIBLID [1137-439X (2003), 23; 289-308]

Recep.: 01.08.02

Acep.: 19.08.02

Durante los siglos del Antiguo Régimen queda roto el primitivo uniclasismo de las villas medievales y la jerarquización social se manifiesta en la arquitectura doméstica. Los grupos dominantes pretenderán singularizar sus casas en el entramado urbano como imagen pública de sí mismos y como reflejo de su posición. Para ello utilizarán diversos recursos, desde los más primarios como el tamaño de la casa o el material en que se realiza a otros que apelan a la memoria colectiva, como el empleo de elementos de tradición militar, para terminar acudiendo a los lenguajes artísticos, a una arquitectura "culta" como mejor seña de identidad de grupo frente al grueso de la población.

Palabras Clave: Arquitectura civil. Palacios. Vivienda. Prestigio social. Imagen pública. Bergara.

Erdi Aroko hiriburuen aurreneko klasismo bakarreko izaera hura hautsirik gertatu zen Antzina-ko Erregimeneko mendeetan, eta gizarte hierarkizazioa azaldu zen etxeen arkitekturan. Talde nagusiek beren etxeak nabarmendu nahiko zituzten hiri egituraren barnean beraien irudi publiko gisa eta mailaren erakusgarri gisa. Hartarako, hainbat baliabide erabili zituzten, agerikoenetatik –hala nola etxearen neurriak eta nolako materialaz egina den– talde oroimena ukitzen dutenetaraino –hala nola tradizio militarreko elementuez baliatzea–, bai eta, azkenik, biztanle gehienek aurrean talde identitatearen ezugarri onentzat hartzen ziren hizkuntza artistikoei, ariktektura "ikasiari" heltzea.

Giltza-hitzak: Arkitektura zibila. Jauregiak. Etxebizitza. Gizarte prestigioa. Irudi publikoa. Bergara.

Durant les siècles de l'Ancien Régime, l' "uniclassisme" des villes médiévales se rompt et la hiérarchisation sociale se manifeste dans l'architecture domestique. Les groupes dominants prétendent singulariser leurs maisons dans le réseau urbain comme image publique d'eux-mêmes et comme reflet de leur position. Pour cela ils utilisent diverses ressources, depuis les plus simples tel que la taille de la maison ou le matériel avec lequel elle est réalisée à d'autres qui ont recours à la mémoire collective, tel que l'emploi d'éléments de tradition militaire, pour finir par recourir aux langages artistiques, à une architecture "culte" comme le meilleur signe d'identité de groupe face au gros de la population.

Mots Clés: Architecture civile. Palais. Logement. Prestige social. Image publique. Bergara.

La comunicación que se presenta parte de la base de que la ciudad puede ser entendida –entre otras muchas visiones– como expresión del vínculo que une a sus habitantes. Junto a las relaciones económicas y sociales que se producen entre los ciudadanos y las relaciones de poder existentes entre éstos y las distintas instituciones –tema ampliamente tratado desde la historia y la sociología– creemos conveniente detenernos en otro aspecto: el de la relación que se establece entre el ciudadano y la propia ciudad como espacio habitable y conjunto arquitectónico del que es no sólo espectador sino actor, ya que buena parte de las edificaciones que constituyen la ciudad son sus moradas que, por medio de un lenguaje visible, emiten mensajes simbólicos entre los que destacan los de pertenencia a un grupo social determinado.

En este sentido consideramos del mayor interés el estudio de la arquitectura doméstica, un tema a menudo olvidado por historiadores, arquitectos y urbanistas, pues la casa es un reflejo del acontecer de una sociedad; aglutina aspectos sociales, económicos, culturales, incluso políticos y religiosos, y es uno de los elementos más perdurables, lo que hace que su estudio se convierta en una fuente imprescindible para acercarse al estudio de una sociedad determinada¹, y, por lo que a nosotros respecta, puede dar luz sobre cuáles son los recursos utilizados en cada momento por cada grupo para emitir mensajes que hagan de las casas una seña de identidad.

Lógicamente, un estudio del valor representativo del aspecto exterior de las casas obliga a acotaciones espaciales y temporales, entre otras cosas porque los mensajes que emiten sólo pueden ser reconocidos plenamente por las personas pertenecientes a la misma cultura. En este caso dedicamos nuestra atención a Bergara fundamentalmente durante los siglos XVI y XVII, cuando, una vez rota la utopía uniclasista de las villas medievales, la arquitectura doméstica se diversifica para reflejar la estratificación social.

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

El espacio urbano pretende responder a unas necesidades que, como señaló Lefèbvre², son de carácter antropológico y de naturaleza compleja y aun opuesta, como las de habitación y comunicación, pero en la elaboración social de estas necesidades se van creando otras nuevas, pues el hombre, o el grupo, pretenderá proyectar dentro de un espacio real de vida algunas de sus ambiciones, esperanzas y utopías.

La conjunción de necesidades primarias y necesidades específicas harán que el entorno urbano se convierta, entre otras cosas, en un enorme medio de comunicación. En él se mostrarán símbolos, tanto explícitos como implícitos, que

1. CARO BAROJA, J., *La casa en Navarra*, Pamplona, 1982, vol. I, p. 15.

2. LEFÈBVRE, H., *El derecho a la ciudad*, Barcelona 1973 (2), p. 123.

informan sobre la propiedad, el status, la pertenencia a grupos, etc.³, y en este terreno, aunque estamos de acuerdo con el aserto de G.C. Argan⁴ de que el espacio urbano se define por los modos de vida y en este sentido trasciende los muros y alcanza al vestido, el mobiliario o el ajuar de las casas, consideramos que las obras arquitectónicas han sido tradicionalmente el medio más utilizado para emitir mensajes de índole social.

Las obras arquitectónicas, con su variada tipología nacida de las distintas funciones que cada edificio debe cumplir, se convierten en un claro reflejo de la realidad social y política, pues, como ha señalado Braunfels *“sirven a una institución, sea ésta el estado o una familia, y a través de su forma material, reflejan su esencia, objetivos y pretensiones”*⁵.

Los edificios, e incluso elementos aislados de ellos, nacen siempre como respuesta a una necesidad concreta pero casi nunca son únicamente funcionales. A las necesidades prácticas que el edificio, o el elemento arquitectónico, viene a cubrir se le suman las de representación, de proyección simbólica de la institución que lo construye; a ello se une en numerosas ocasiones el gusto estético dominante que determinará la forma de la obra.

Los casos más representativos se dan en el ámbito de la arquitectura pública o religiosa, generalmente con edificios monumentales cuya presencia se realza en numerosas ocasiones por actuaciones urbanísticas de importancia, pues el poder ha buscado siempre sus medios de expresión en la arquitectura y el urbanismo, pero el aspecto simbólico de la arquitectura también afecta al dominio de lo privado, y si las aristocracias locales han vestido tradicionalmente su arquitectura de signos distintivos bien visibles, la burguesía se refugió en la discreción como característica dominante.

2. GRUPOS SOCIALES EN BERGARA EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

En principio se considera que, tanto para la Edad Media como para el Antiguo Régimen, la estructura social en general se basa en la diferenciación de estamentos; ahora bien, las particulares circunstancias del País Vasco y la extensión de la hidalguía a toda la población permite hablar de una sociedad en la que las diferencias se producen sobre todo por el nivel económico alcanzado, aunque sin olvidar otros aspectos muy caros al Antiguo Régimen como el honor o el prestigio.

La fundación de la villa de Bergara en 1268 supuso, entre otras cosas, un proyecto social caracterizado por el igualitarismo, y su carácter uniclasista se manifiesta en el similar tamaño de los solares en que el grupo formado por arte-

3. LYNCH, K., *La Buena forma de la ciudad*, Barcelona, 1985, p. 260.

4. ARGAN, G. C., *Historia del arte como historia de la ciudad*, Barcelona, 1984, p. 113.

5. BRAUNFELS, W., *Urbanismo occidental*, Madrid, 1983, p. 13.

sanos y pequeños comerciantes edificó sus modestas casas de madera. Por otra parte constituyó –como el resto de las villas– el asentamiento de una nueva cultura, la urbana, en un medio tradicionalmente caracterizado por el hábitat disperso.

La utopía quebró pronto, y ya en el siglo XV descendientes de antiguos linajes rurales se habían asentado en la villa, construyendo sus torres y marcando una clara jerarquización social. Desde fines de ese mismo siglo y coincidiendo con el reinado de los Reyes Católicos se abrieron una serie de posibilidades que permitieron, cuando no fomentaron, la posibilidad de enriquecimiento. Las necesidades del estado moderno en cuanto a funcionarios, diplomáticos o militares y el descubrimiento de América –con todo lo que supuso de mercado– abrieron las puertas de una estratificación social cada vez más acusada: la aristocracia local se amplió con toda una serie de linajes emergentes en los siglos XVI y XVII, y la endogamia tradicional no fue obstáculo para que adoptara en su seno a los nuevos ricos; por otra parte se amplió todo el nivel intermedio de profesionales (médicos, escribanos, etc.), mercaderes y empresarios, mientras el grupo más numeroso seguía estando formado por pequeños comerciantes, artesanos y el incipiente proletariado urbano.

Así pues, para el período que nos ocupa podremos distinguir tres grupos sociales conviviendo en la misma villa y participando de una misma cultura, y si su nivel socioeconómico era distinto, distintas fueron sus casas. Siguiendo el viejo atavismo de que la propia casa es reflejo de su poseedor (recordemos la tradicional doble acepción del término casa como morada y como linaje), cada grupo practicará –o gozará de– una arquitectura diferente de tal modo que la propia casa, con sus elementos destacados o, en otros casos, por la total ausencia de ellos, se convertirá en una señal de identidad del grupo social al que su morador pertenece.

Lógicamente, al pasar de una sociedad constituida por un único grupo a otra que, manteniendo fuertes lazos con la original, se jerarquiza en distintos subgrupos, serán aquellos favorecidos de la fortuna –bien por su origen, bien por su riqueza– quienes destaquen en el entramado social y quienes, por tanto, pretendan singularizar su casa en el entramado urbano. En muchas ocasiones el ascenso social proviene del enriquecimiento personal de un sujeto, quien, a través de una buena política de alianzas matrimoniales, dará origen a un nuevo linaje que se situará en lo más alto de la estructura social de la villa y hará de su casa su imagen pública. La casa está al servicio de la familia, sirve a los intereses de esa familia y no sólo desde un punto de vista funcional, sino simbólico, se convertirá por tanto en autoexégesis del rango y de las apetencias de prestigio de esa familia en el seno del orden social en que vive⁶.

6. BRAUNFELS, W., *Op. cit.*, p. 13.

Así encontraremos casas singulares ligadas a los apellidos que aún hoy perviven, bien se trate de los descendientes de la antigua nobleza rural, como Ozaetas o Gabirias, linajes emergentes del siglo XVI enriquecidos por su trabajo en la administración o sus negocios, como Ondartza, Azkarate-Marutegi u Olaso, o incluso nuevos ricos del siglo XVII como Moiuia, Murua, Urrutia, Iturbe y tantos otros.

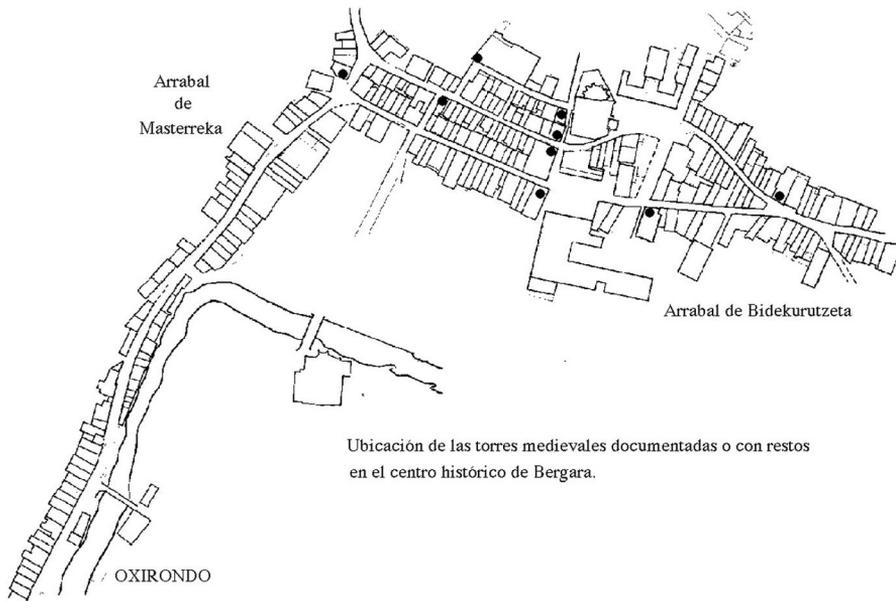
Por el contrario, el grueso de la población habitará en casas fuertemente ligadas a la tradición en las que predominan los aspectos funcionales. No habrá en ellas, por tanto, elementos que las singularicen, posiblemente porque sus habitantes no tenían nada que destacar, y sólo durante el siglo XVII se manifestará con claridad la importancia de los grupos intermedios que hicieron de la discreción la seña distintiva de sus casas.

3. NOTAS SOBRE LA UBICACIÓN

Creemos conveniente observar en primer lugar –aunque sea brevemente– la ubicación de las casas correspondientes a los distintos grupos sociales, pues podría dar luz sobre la existencia o no de segregación social en la villa en el período estudiado. Para ello nos basamos tanto en los ejemplos conservados como en aquellos edificios de los que tenemos noticias y hemos podido ubicar aunque sea de forma aproximada. La labor es relativamente fácil en lo referente a los grupos destacados social y económicamente, pues la calidad o singularidad de sus construcciones ha favorecido una mejor conservación, lo que unido a la pervivencia del apellido familiar o, incluso, del propio nombre de la casa en cuestión resuelve los problemas de identificación. Respecto a los grupos intermedios hay que tener en cuenta que los edificios de relativa calidad conservados son más escasos, mientras que la menor relevancia social de sus constructores o poseedores dificulta en muchas ocasiones la identificación entre edificios documentados y edificios conservados. Por último, las casas de los pequeños comerciantes y artesanos, que, indudablemente, fueron la mayoría, son imposibles de documentar y, por tanto, de identificar. Además, al tratarse de obras de menor valor arquitectónico, han sufrido continuas modificaciones y, en muchos casos, han sido sustituidas.

Nos detendremos en primer lugar en la aristocracia local, el grupo más relevante socialmente, bien se trate –según las épocas– de descendientes de los antiguos linajes rurales o de linajes emergentes en los siglos XVI y XVII, hayan conseguido su fortuna de una u otra manera.

Hemos señalado con anterioridad que ya durante el siglo XV descendientes de la antigua nobleza rural se asentaron en la villa y construyeron sus torres. De ellas prácticamente no queda nada, y en todo caso los restos son tardíos, pero su ubicación es conocida. Hay noticias de torres dispersas por todo el núcleo urbano, pero si observamos el plano podremos extraer conclusiones significativas en cuanto a pautas de elección del lugar donde construir.



En primer lugar hay que destacar la existencia de torres en el perímetro del primitivo núcleo fundacional de la villa. Las hubo en los extremos de las tres calles de la población: en Barrenkalea la casa palacio de Izagirre Moya muestra en su parte trasera indicios más que suficientes de su carácter de torre medieval; Artekalea presentaba torres en ambos extremos, al sur las torres de Jauregi y Laudantz –cuyos restos podemos atribuir ya al siglo XVI– flanqueaban la entrada a la villa, y al norte una nueva torre perteneciente a la familia Gorostegi⁷. Goenkalea, por último, también contó con torres en ambos extremos; la existencia de una torre llamada de Jauregi junto al cantón de Laudantz está documentada, en el otro extremo de la calle también debió de haber una torre –quizá tardía– cuyos restos hemos podido apreciar en el interior de un edificio del siglo XVI que actualmente forma parte del monasterio de la Santísima Trinidad.

Así pues, y en el estado actual de nuestros conocimientos, de los doce solares de cabo de manzana en el núcleo medieval, seis fueron ocupados por torres, y un séptimo por la tradicionalmente llamada *casa del Portal*, que sin llegar a ser una torre conserva restos de marcado carácter defensivo.

7. La torre, sobre la que no disponemos de documentación anterior, era propiedad del escribano Pedro Martínez de Gorostegi en 1540. Archivo Histórico de Protocolos de Gipuzkoa (AHPG), leg. I-039, s.f.

La elección de este tipo de emplazamiento no es casual. La tipología de la torre, de origen rural y, por tanto, concebida como un edificio aislado, encuentra difícil acomodo en la prieta estructura del núcleo urbano, sin embargo hallamos torres en él, ahora bien, precisamente en aquellos lugares donde su presencia fuera destacada: en las entradas a la villa. Es sabido el carácter castrense de la torre rural y de sus moradores, y no es de extrañar que frecuentemente al asentarse en las villas eligieran emplazamientos preeminentes, junto al aparato defensivo de la villa o superponiéndose a él, como ocurre en Bergara, donde el aparato defensivo parece haber sido precario. Sin embargo no podemos interpretar esa ubicación como reforzamiento de un sistema de defensa común, sino como defensa de la posición del linaje en el seno de la comunidad, como seña de identidad de un grupo determinado, algo que no es privativo de las villas vascas, sino que ha sido observado en otros lugares de Europa, basten recordar las certeras palabras de Gianfranco di Pietro referidas a la Toscana: “*la torre realiza (...) el primer estudio de diferenciación jerárquica a nivel espacial, como símbolo de predominio personal o de grupo, como afirmación de un derecho de señorío*”⁸.

El resto de las torres documentadas se situaban en los arrabales nacidos como prolongación del núcleo fundacional con anterioridad a 1497⁹. Así hubo torres en Arruriaga y Bidekurutzeta (actual calle de San Pedro)¹⁰, y dos más en la que fue llamada *calle del Arrabal* (hoy Bidekurutzeta), que se convirtió en la de mayor carácter residencial de la villa.

En este caso la elección del lugar parece obedecer más a conveniencias de tipo práctico que al aspecto simbólico. Como hemos señalado la torre se adapta mal a la estructura urbana, y es en los arrabales donde la disponibilidad de suelo edificable era mayor y en consecuencia podían edificarse torres –con dependencias anejas– sin las ataduras de la rígida lotización medieval. Como veremos este aspecto primará a partir del siglo XVI y los arrabales se poblarán de residencias aristocráticas; de hecho sólo existe un palacio en el núcleo medieval, el de Aroztegi, construido en 1528 agrupando dos parcelas, todas las demás residencias de élite se encuentran fuera.

8. DI PIETRO, G., “Gli insediamenti e gli assetti territoriali medioevali in Toscana. Ipotesi per una classificazione”, en *Città murate e sviluppo contemporáneo*. Milán, 1968.

9. Ese año se firmó una concordia entre los habitantes del cuerpo de la villa y las anteiglesias de Oxirondo y Uzarraga, en el documento se señalan los límites de los arrabales. Archivo Municipal de Bergara (AMB), C/003-31. Transcrip. En VV.AA. *Colección documental del archivo municipal de Bergara, tomo I (1181-1497)*, San Sebastián, 1995, pp. 73 y ss.

10. Desde principios del siglo XIX se advierte un progresivo cambio en la toponimia que puede llevar a confusión. La antigua calle de Bidekurutzeta se extendía desde la plaza de Ariznoa hasta la salida de la villa hacia Arrizuriaga, y el ensanchamiento que presenta al unirse a la antigua calle del Arrabal era conocido como plaza de Bidekurutzeta. En la actualidad el tramo comprendido entre la plaza de Ariznoa y la plaza de Bidekurutzeta recibe el nombre de calle de San Pedro, mientras la antigua calle del Arrabal, la plaza de Bidekurutzeta y el tramo que lleva hacia la salida de la villa, formando un continuo desde la plaza de San Martín hasta la casa Untzeta, se conoce como calle de Bidekurutzeta.



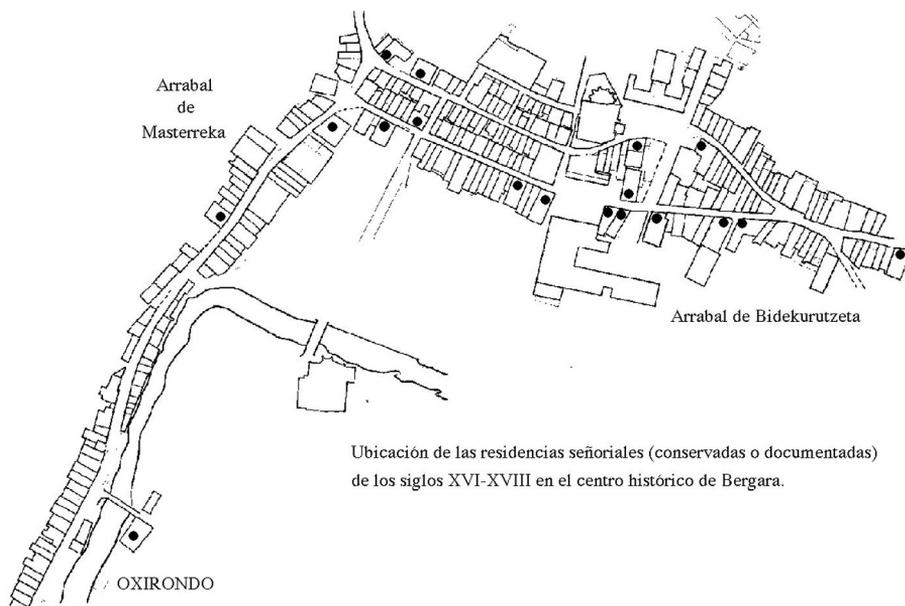
Uno de los recursos más utilizados en la arquitectura doméstica de la aristocracia local ha sido recurrir a la tradición. La fuerza que desprende el volumen de la casa torre de OIaso y la presencia de garitones en las esquinas son un buen ejemplo.

notables para construir sus casas: en un espacio reducido se llegó a contar con siete residencias aristocráticas, algunas de las cuales tenían huertas o jardines anejos.

Los grupos intermedios de profesionales (escribanos, médicos, etc.) y mercaderes adaptaron sus casas al solar habitual, entre medianerías, y las hicieron destacar por su calidad material. Los ejemplos conservados son, sin duda, una parte de un conjunto mucho más amplio; no podemos pensar que en una villa de la importancia de Bergara –donde llegaron a ejercer al mismo tiempo hasta siete notarios– no hubiera más casas burguesas de calidad. De hecho la documentación nos habla, especialmente en el último tercio del siglo XVI y durante el siglo XVII, de una intensa actividad constructiva, sobre todo en Bidekurutzeta, sin duda el más importante enclave comercial de la villa.

Su importancia está ampliamente documentada desde el siglo XVI. J.A. Azpiazu¹¹ recoge un caso muy interesante de 1587. A la hora de completar una dote se hizo preciso valorar unas casas que en palabras del perito estaban “bie-

11. AZPIAZU, J.A., “Aspectos urbanísticos de las villas guipuzcoanas. Los arrendamientos urbanos en el valle del Deba en el siglo XVI”, *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, nº 22 (1993), pp. 81-98.



*jas y desechas y destocadas, y en muchas partes el techo y sobrados por estar el maderamiento y tablazón della de puro viejo consumido, podrido, carcomido y a punto de caerse*¹². La casa alcanzó una cotización inusitada debido a su situación, como señala el mismo perito: *“a estar las dichas cassas en otra parte de la dicha villa adonde no hubiese comerçio y tracto que hay en la dicha calle de Vidacuruçeta donde estan las dichas cassas no valdrían aquellas el presçio ni haun la mitad menos*¹³.

Casi cien años después se insiste en el carácter comercial de la calle. La propietaria de una casa en la actual calle de San Pedro comenzó a levantarla y fue denunciada por su vecino; entre sus alegaciones argüía la estratégica situación del inmueble: *“por estar la dicha casa en el mejor paraje y calle del comerçio de esta villa y esperar de que creçera el arrendamiento con levantarla*¹⁴. Baste por último recordar que en el siglo XVII esta misma calle fue llamada *calle del Mercado*¹⁵.

12. Ibidem.

13. Ibidem.

14. AMB, C/328-16, f. 1r (1671).

15. Matrícula de parroquianos de San Pedro de 1658. Archivo parroquial de San Pedro de Bergara, sueltos.

Por lo demás, los ejemplos conservados nos muestran una distribución arbitraria, hay casas del siglo XVI en Barrenkalea, Artekalea, Arruriaga (donde recientemente se han descubierto nuevos restos junto a la ermita de Santa Ana) y en la calle de San Pedro. No puede, pues, hablarse de una tónica general en cuanto a la distribución de estas moradas. Lo mismo ocurre durante el siglo XVII, con casas burguesas que se reparten por toda la población, si bien el mayor número se encuentra en Bidekurutzeta.

Por último nos queda referirnos al grueso de la población, constituida por pequeños comerciantes, artesanos y el incipiente proletariado urbano, que muchas veces habitaba casas de alquiler. En la actualidad la mayor parte de las edificaciones de cierta antigüedad de la villa siguen un modelo bastante parecido que reproduce con mayor o menor fortuna el modelo de casa burguesa del siglo XVII (lo que no excluye que tanto en sus paramentos como en su estructura interior se conserven partes anteriores). La abundancia de ejemplares y ese cierto aire de familia que existe entre ellos hace imposible su análisis individualizado, ahora bien, precisamente esa abundancia nos habla de una gran capa social que se reparte por toda la villa, lo que –para el período que nos ocupa– está atestiguado por las fuentes. Hemos documentado la presencia de los más variados oficios y actividades, desde plateros a zapateros y el importante grupo de cuchilleros y tijereros, en todas las calles de la villa, desde la céntrica Barrenkalea hasta el arrabal de Arruriaga, y en barrios alejados como Urteaga o Amillaga.

No parece pues que en principio haya habido una segregación social, si bien hemos podido comprobar la especialización de algunas de las calles, la del Arrabal como manifiestamente residencial –aunque también hubo tiendas– y Bidekurutzeta como preferentemente comercial. Ahora bien, es indudable que los grupos más favorecidos intentaron, en aras de una mayor comodidad, alejar de sus casas aquellas actividades que consideraban molestas. Quizá el caso más llamativo sea el de don Martín de Murua que compró y derribó cinco casas en las cercanías de su palacio de Rotalde, con ello evitaba las molestias de las forjas vecinas, pero a la vez realizaba su propia casa¹⁶.

4. ASPECTOS DE DEFINICIÓN DE GRUPO

Hemos podido apreciar que la ubicación, grosso modo, no es un factor determinante que haga destacar especialmente una casa sobre otra, que permita distinguir sólo con ese dato las casas de los ricos o de los menos ricos, debemos plantearnos, pues, cuáles fueron los mecanismos empleados, especialmente por las élites locales, para distinguir sus casas del resto.

16. AHPG, leg. I-466, ff. 223 y ss.

4.1. El tamaño

Entre los recursos empleados, el más primario fue el tamaño. Es una vieja idea que pervive incluso en nuestros días y que recogió con claridad el Conde de Peñafiorida en su *Discurso sobre la comodidad de las casas*, al declarar que las viviendas pequeñas no pertenecen sino a personas de pequeña consideración¹⁷. Esto se aprecia claramente en Bergara, donde las casas de los notables tienden a ser edificaciones exentas o a ocupar solares de cabo de manzana aprovechando la esquina, en muy pocos casos se encuentran entre medianerías, y en éstos ocupan una parcela sensiblemente mayor a la media.

Un ejemplo muy representativo de la importancia del tamaño lo encontramos en la casa llamada de Iturbe (Bidekurutzeta 22), en principio una casa pequeño-burguesa entre medianerías que fue literalmente creciendo a la par que sus poseedores enriquecidos ascendían en la escala social, primero con la ocupación de un callejón contiguo, después con la adición de una casa vecina en la que se construyó una portada monumental, de tal modo que la primitiva casa –que no destacaba especialmente– fue convertida en un palacio urbano del siglo XVII.

4.2. El material

En segundo lugar podemos destacar el material empleado. Debemos tener en cuenta que durante toda la Edad Media las casas eran fundamentalmente de madera, por tanto la utilización de la piedra supuso, ya en el siglo XV, una señal distintiva cuyo valor simbólico era apreciado con claridad por todo el vecindario.

Las distintas ordenanzas redactadas a principios del siglo XVI para la lucha contra los incendios y para racionalizar la construcción¹⁸ nos informan de que para entonces ya había casas de piedra en la villa, algunas de las cuales destacaban por tener torres. La generalización de la construcción en piedra a partir de ese siglo hará que, salvo excepciones, no sea ya el material en sí un elemento de diferenciación. El grueso de la arquitectura doméstica bergaresa está construido en mampostería, incluso entre las residencias de la aristocracia local, pues la piedra sillar, evidentemente más cara y cuya utilización ya podía ser un signo de distinción, fue utilizada en contadas ocasiones, sólo la totalidad de las fachadas de los palacios de Aroztegi (1ª mitad del siglo XVI), Laureaga (mediados del siglo XVI), Eginu Mallea (último tercio del siglo XVI) y Moíua Barrera (2ª mitad del siglo XVII) utilizan tal material.

17. PEÑAFIORIDA, CONDE DE, *Discurso sobre la comodidad de las casas que procede de su distribución exterior e interior*, (1766). Ed. del Colegio Oficial de Arquitectos Vasco Navarro, 1990, p. 88.

18. Archivo General de Simancas. Registro General del Sello. Vol. II 1506-16, s.f. y 1518 s.f.

Frente a la actitud de las élites locales, que prefirieron emplear otros medios para singularizar sus casas y emitir mensajes, los grupos intermedios, cuyas casas entre medianerías no podían destacar por el tamaño, encontraron en la utilización de la piedra de sillería el gran recurso para singularizarlas, siendo la calidad del material y el cuidado puesto en su ejecución las notas más destacadas.

4.3. El tipo

Nos encontramos quizá con el aspecto fundamental que singulariza las edificaciones de los distintos grupos sociales en cada momento. Es sabido que en la fundación de una villa se asignan los solares de un modo prácticamente igualitario, de tal modo que la casa urbana, con independencia de su evolución estilística o de la tendencia a ganar altura y ocupar toda la parcela edificable, se ve encorsetada por las medianerías, de manera que las casas se alinean formando una serie de módulos de tamaño similar, en general con dos huecos por planta, lo que permite poca diferenciación.

De ahí que los linajes socialmente dominantes huyeran del tipo de casa urbana típica y acudieran a otros modelos.

Cuando los descendientes de los antiguos linajes rurales se asentaron en la villa y pretendieron singularizar sus casas acudieron al único modelo posible: la torre rural. Así, aunque con difícil acomodo, el tipo de torre rural, prismática, muy cerrada, incluso con el acceso principal a la altura del primer piso, entró a formar parte del conjunto urbano destacando sobre el resto de construcciones, no sólo por su tamaño o el material en que estaba construida, sino por la sensación de fuerza que transmitía. La elección del tipo no es casual, se puede argüir que la torre era el único tipo de construcción existente distinto a la casa villana, es cierto, pero también hay que tener en cuenta el valor simbólico de la utilización de la torre, como elemento de comunicación respondía a un código bien conocido por todos, su imagen, aun en el medio urbano, hacía presente el recuerdo de la violencia señorial y transmitía la idea de fuerza y poder que deseaban sus poseedores.

La torre, como primer hecho de diferenciación jerárquica de la arquitectura doméstica y de utilización de la propia morada como seña distintiva de grupo va a tener gran trascendencia. Por una parte se va a producir la asimilación del término torre para designar las casas de los notables locales. No es cuestión aquí de entrar en disquisiciones sobre la diferenciación tipológica entre torre y palacio¹⁹, al contrario sólo queremos destacar que en la documentación histórica, cuando se quiere singularizar una casa, muy a menudo además del nombre de su propietario –cuyo prestigio social ya la singulariza–, se emplea el término

19. GONZÁLEZ CEMPELLÍN, J. M.; SANTANA, A., "Clasificación tipológica de los primeros palacios del País Vasco", *Ondare*, nº 17 (1998), pp. 177-188.

torre, incluso cuando el edificio en cuestión nada tenga que ver tipológicamente con una torre²⁰.

Por otra, la torre va a tener descendencia desde un punto de vista físico, pues su esquema fuertemente volumétrico va a convertirse casi en una constante que distinguirá la arquitectura aristocrática. Así durante el siglo XVI no sólo se construirán casas que efectivamente contaban con un sector elevado a modo de torre, como es el caso de Olaso o de Ondartza (desmochada en el siglo XVIII), sino otras que sin tener torre exhiben una fuerte volumetría de gran impacto visual, como Ozaeta o Laureaga. Durante el siglo siguiente pervivió la tendencia a destacar la imagen de potencia heredada de las torres en edificios como las casas de Loiola o Zuloaga Bereterio; incluso casas de marcado carácter palacial en las que se tiende a las proporciones de 3 x 3 (tres plantas, tres vanos por planta) destacan por su neta volumetría.

Junto a las residencias en las que de una u otra manera se aprecian pervivencias de las antiguas torres se edifican verdaderos palacios en los que triunfan los rasgos de estilo, otro de los elementos más importantes a la hora de emitir determinados mensajes.

4.4. La heráldica

Indudablemente la utilización de escudos de armas ha sido uno de los recursos más utilizados para mostrar públicamente la *calidad* de una familia. El escudo ofrece la imagen de nobleza y antigüedad del linaje a la vez que informa sobre la posesión de la casa. Ahora



La combinación de escudo de armas y elementos singulares desde el punto de vista arquitectónico, como el balcón de esquina, ha sido uno de los recursos más efectistas y efectivos. En la foto el de la casa Azkarate-Marutegi.

20. Los ejemplos son numerosísimos entre los siglos XVI y XVIII. Han recibido la denominación de torre las casas de Ozaeta, Olaso, Gabiria, Laureaga, Olaso, Ondartza, Azkarate-Marutegi, Zabala, Rekalde, Rotalde, Loiola, Argizain, Moiu Barrena, Zuloaga Bereterio, Egin Mallea. En algunos casos el término puede convenir en cierta manera al aspecto exterior del edificio, en otros, como Egin Mallea, la designación muestra su carácter simbólico; se trata de un magnífico palacio renacentista que en modo alguno podría dar lugar a confusión.

bien, en una tierra en la que la hidalguía adquiere extensión universal la utilización del escudo es demasiado frecuente como para que su simple presencia haga destacar adecuadamente una casa, por lo que importa más la apariencia del elemento que el elemento en sí. En la mayoría de los casos se destaca el escudo por su posición: en Ozaeta hay dos grandes escudos flanqueando el acceso al patio de armas, en Gabiria, Rotalde, Urrutia Espilla y otros se utiliza el vistoso escudo de esquina; en otros casos se asocia el escudo a un elemento arquitectónico, la portada en la casa Zabala donde el escudo aparece ricamente enmarcado, o los vanos angulares en Arrese y Azkarate Marutegi, donde el balcón de esquina parece una gran peana para realzar el escudo. Un caso especial lo constituye el de la casa de Ondartza, donde el escudo familiar queda empequeñecido por el del emperador, don Andrés Martínez de Ondartza quiso dejar clara su posición de alto funcionario.

Los escudos son escasísimos en casas de villa, sólo merece la pena señalar uno en la casa de Olaeta (Bidekurutzeta 36), no por su calidad, sino por ser la única casa netamente burguesa que exhibe este elemento, quizá con la intención de singularizarla en un conjunto por lo demás muy unitario.

4.5. La utilización de recursos plásticos

Con independencia de los aspectos anteriormente señalados, como el tamaño, el material o el tipo, y de los elementos parlantes, como los escudos de armas, los distintos grupos sociales acudieron a otros recursos para reforzar la imagen que ofrecían públicamente.

Entre ellos observamos una doble tendencia, por una parte la recurrencia a la tradición y a la utilización de elementos de origen militar (privativo de la aristocracia local) y por otra la utilización de elementos que pudieran sorprender por su novedad, su riqueza o la sensación de confort que de ellos se desprende, generalmente unidos a concepciones estéticas foráneas. Esta segunda tendencia no es ya privativa de las élites, sino que también fue utilizada, si bien en menor medida, por los niveles intermedios que, de este modo, conseguían destacar sobre el resto de la población.

4.5.1. UTILIZACIÓN DE ELEMENTOS DE RAIGAMBRE MILITAR

La casa solar, torre y palacio de Ozaeta –pues de los tres modos se cita en la documentación– es el mejor ejemplo, y aunque se encuentra ubicada fuera del casco urbano, sus poseedores han sido durante siglos uno de los puntales de la vida social bergaresa. Cuenta con un reducido patio de armas en su frente que en la documentación se cita como *baluarte*, y garitones en los ángulos. Todo ello es de origen castrense, pero desnaturalizado: el *baluarte* en la actualidad se halla almenado, producto de una intervención decimonónica en la que se tendió a reforzar el aspecto militar del edificio, pero en su origen estuvo rematado por bolas decorativas de piedra, y los garitones de los ángulos son macizos, lo que

anula cualquier función práctica; además se combinan con otros elementos que muestran el decidido carácter residencial de la construcción, como la galería de arcos de la planta baja.

Ozaeta ejemplifica una tendencia muy extendida en la arquitectura del País, tanto en el medio urbano como en el rural, la atrofia de los elementos defensivos de las torres medievales. Si el patio de armas tiene un carácter casi excepcional, el elemento más destacado es el garitón, cubo o escaragüita en los ángulos y, a veces, en el centro de la fachada de la casa; los hallamos ya a fines del siglo XV en edificios como el palacio de Lili en Zestoa y perdura en pleno siglo XVII en el palacio de Tola en Elorrio, pero su utilización es característica del siglo XVI.

En Bergara encontramos varios ejemplares de esta tendencia además de en Ozaeta: las casas de Olaso, Ondartza y Arrese en pleno centro urbano, Gabiria y Laureaga fuera de él. Un grupo tan numeroso hace pensar que la utilización de este recurso de modo casi generalizado obedece únicamente al peso de la tradición, a la falta de un nuevo modelo arquitectónico para la construcción de casas señoriales, pero la inclusión de italianizantes *logías* en Ozaeta y Laureaga, o los tondos de la portada de este último lo niegan. Así pues, la cuestión de la recurrencia no es tan simple, y tampoco podemos considerar los garitones, faltos ya de toda función castrense, como meros elementos decorativos que subrayan las aristas de una casa; en el fondo su presencia en edificios de marcado carácter residencial responde a una voluntad expresa de singularizar una casa determinada acudiendo a un símbolo bien arraigado en la cultura local. El garitón, en ocasiones coronado por un pináculo ricamente decorado (como en Olaso), es un mensaje emitido de modo plástico, remite a las construcciones defensivas de las que procede, remite a un mundo de violencia señorial y de poder jurisdiccional ya pasado, pero presente todavía en los esquemas culturales, subrayando la idea de poder y prestigio del dueño de la casa en cuestión.

Un caso especial lo constituye la casa habitualmente conocida como Moutorre. Se encuentra fuera de la población y parece corresponder a la casa solar de Moiuá Goitia. De origen bajomedieval, fue restaurada en la segunda mitad del siglo XVII por don Juan de Moiuá Barrena, cuyos descendientes alcanzaron el marquesado de Rocaverde. A mediados del siglo XVIII se hicieron otras obras, sus poseedores trataron de ennoblecer los propios orígenes dignificando la casa de la que descendían: se proyectó tallar dos escudos de armas en su fachada y se coronó con una fuerte cornisa de piedra, junto a ello se recurrió a los anacrónicos cubos cilíndricos o garitones macizos en los ángulos.

4.5.2. LA UTILIZACIÓN DE ELEMENTOS DE ESTILO

Si la utilización de elementos de origen militar parece haber sido exclusiva de la aristocracia local, e incluso de la nobleza de título en fechas tardías, la inclusión en la construcción de las casas de elementos formales novedosos

alcanzó también a los grupos intermedios, siempre que se dieran las circunstancias necesarias de situación económica desahogada, cierta formación cultural y gusto estético.

A lo largo del siglo XVI se va produciendo un importante cambio, de forma lenta pero segura van llegando a Bergara ecos de la nueva cultura renacentista y con ella modelos y formas que abrirán un amplio abanico de posibilidades a la hora de singularizar, destacar o dignificar una construcción. Por otra parte las bases sobre las que se asienta el prestigio social van a ir variando, de hecho la aristocracia local hacía tiempo que había cambiado la espada por la pluma, y este cambio se fue manifestando de modo plástico con la desaparición de los elementos castrenses y el triunfo de los elementos de estilo, síntoma de una mayor elevación cultural y de una indudable relación con la corte. El ejemplo más claro lo encontramos en el palacio de Rotalde, que fue comenzado a reedificar en los últimos años del siglo XVI por Martín de Aroztegi, quien, siendo Secretario de Guerra de Felipe III, no acudió a elementos de tipo militar.

Así la aristocracia local comenzó a utilizar elementos de estilo acudiendo a modelos foráneos, bien para enriquecer sus casas preexistentes, que de este modo se ponían al día, bien en las obras de nueva planta. En ocasiones se trata de elementos aislados de gran riqueza, de verdaderos alardes que, indudablemente, captan la atención de los viandantes y llegan a sorprender.

A principios del siglo XVI se construyó la casa Jauregi, que exhibe en su fachada un gran bajorrelieve a modo de tapiz decorativo absolutamente inusual, en él se desarrollan escenas galantes y de caza, haciendo alusión a una cultura caballeresca, y también genealogías de reyes, insistiendo en la valoración de la historia y del linaje. Este sorprendente ejemplar, basado en algún grabado germánico, no tuvo gran repercusión y fueron las formas italianas las que poco a poco triunfaron como lenguaje formal.

Ya en la década de 1530 el palacio de Aroztegi se enriqueció con unas preciosas puertas repletas de motivos del más puro renacimiento italiano, y en los años siguientes las corrientes novedosas se impusieron en la arquitectura palacial.

El contador real Juan de Marutegi efectuó obras en su casa en 1549, entre ellas mandó construir una ventana de esquina (la primera de la que tenemos noticia en la villa) indicando que debía ser como la de algunas casas de Valladolid²¹. Este elemento, indudablemente vistoso, no cumplía otra función que la de destacar la casa, la de hacer pararse al viandante y admirar tan exótico ele-

21. AHPG, leg. I-076, s.f. La obra, realizada por los canteros Juan y Pedro de Elorregi y Pedro de Baliarrain, fue sustituida en el siglo XVII por un amplio balcón de esquina, probablemente a la vez que se abrió la plaza de Ariznoa, reforzando así la *presencia* de la casa.



La utilización de un lenguaje formal culto y la tendencia al aislamiento que muestra el palacio de Egiño-Mallea han sido también medio de destacar la propia imagen en el contexto urbano.

mento; no se trataba de tener mejores vistas, desde luego, pues la ventana en cuestión se abría en la esquina de la calle con un callejón privado.

La importancia de este tipo de elementos, en apariencia triviales, ya ha sido destacada²²; encierran todo un significado intrínseco que se aparta del aspecto meramente estético para asumir una función simbólica, son la forma en que los notables locales hacen pública su preponderancia.

El mismo recurso fue empleado con inusitada riqueza por Jerónimo Pérez de Arrese en la década de 1560. Años antes la familia había construido su casa de acuerdo con los modelos que tradicionalmente hacían patente la posición familiar en el seno de la comunidad, es decir, incorporando a la casa elementos de antiguo abolengo militar, pero pasados unos años fueron conscientes de la necesidad de una imagen nueva, más acorde con la nueva sensibilidad y los nuevos modos de expresión, de ahí que la casa familiar se enriqueciera con un fastuoso balcón de esquina. No hay que olvidar otro aspecto de índole social determinante de esta actitud: la emulación, para entonces no sólo el contador Marutegi contaba en su casa con un elemento de este tipo, sino que en 1563 el antiguo linaje de Zabala había ennoblecido su antigua torre medieval de la calle del

22. HOYO, P. Del, "Las ventanas de ángulo del renacimiento español", *Goya*, nº 130 (1976), pp. 228-233.

Arrabal con una espléndida portada diseñada por el cantero Pedro de Ibarra²³. Junto a estos ejemplos elocuentes, destacaremos el palacio de Eginu-Mallea, cuya espléndida fachada manierista, también debida al genio de Pedro de Ibarra, se ofrece a la expectación pública como un gran decorado al fondo de una plazuela.

Este acudir a las corrientes estéticas dominantes, a realizar una arquitectura “cultura”, se convierte en seña distintiva de las casas de la aristocracia local, y a la fase de riqueza manierista sucederá durante el siglo XVII una de severidad, que indudablemente hay que poner en relación con la estética escurialense y la severidad contrarreformista. Los palacios de época barroca no mostrarán alardes decorativos sino que de acuerdo con las nuevas corrientes arquitectónicas darán una imagen de “decoro” muy al gusto de la época. Quizá el mejor ejemplo lo constituya la casa Urrutia-Espilla, en la que el estudio de proporciones y el equilibrio entre vanos y macizos transmite un mensaje de orden y equilibrio, de elegancia en suma, que la hace destacar en el conjunto urbano. En ella se acude a recursos tradicionales como el buen tamaño o el escudo esquintero, pero no es esto lo que singulariza la construcción, sino la impresión global de obra bien realizada y de buen gusto que emana.

Este aspecto no pasó desapercibido a sus contemporáneos y la casa (mejor palacio) de la familia Urrutia Espilla se convirtió en la obra de referencia a la hora de realizar otras, y no sólo en el ámbito de grupos sociales inferiores que quisieran emular las obras o las formas de uno de los más destacados miembros de la comunidad, sino entre las élites locales e incluso instituciones, la rejería de los balcones de la casa fueron imitados incluso en el palacio de Rotalde, y su alero copiado literalmente no sólo por las familias Olaso y Moiu Barrena, sino incluso por la Compañía de Jesús²⁴. El palacio Izagirre Moya, reconstruido en la primera mitad del siglo XVIII, no hace sino seguir el mismo esquema. Esta marcada tendencia a la severidad no excluye la existencia de elementos ricamente decorados, especialmente los suntuosos aleros tallados, incluso dobles, que remataban los edificios, o que en algunas residencias se insertaran elementos más ricos, como las solanas clasicistas de la casa Zuloaga Bereterio o las extraordinarias galerías de arcos de Moiu Barrena, si bien estas últimas se reservaron al ámbito privado, siendo la imagen pública de la casa de la más extrema sencillez.

Un detalle que queremos destacar es que la inclusión de rasgos de estilo en la arquitectura doméstica no fue patrimonio solamente de las familias situadas en la cúspide social de la población. El creciente grupo intermedio también utilizó este recurso para distinguir sus casas en el casi seriado paisaje urbano de las casas de villa. Durante el siglo XVI algunas se singulariza-

23. ZUMALDE, I., “La Portada de la Casa de Zavala”, *BRSBAP*, XXIV (1968), pp. 207-213.

24. GIL MASSA, J. A., “Vivienda y prestigio social: los indianos y sus moradas en la Bergara barroca”, *Ondare*, nº 19 (2000), pp. 359-370, pp. 368-369.

ron por la adopción de paramentos de piedra sillar y portada en arco de medio punto muy sencillo. Sólo una casa, en Artekalea 15, adopta sin reservas el lenguaje renacentista y destaca sobre todas las demás por la riqueza compositiva y decorativa de su fachada. Quizá los alardes decorativos llamaban demasiado la atención en un grupo que, sin poder dar el salto en la escala social, prefería la discreción. Es posible que a ello se deba que el verdadero despertar de la arquitectura doméstica burguesa se produjera en el siglo XVII; la estética postescurialense, con su sencillez y su pureza de líneas, expresaba un sentido de orden y de discreción y una tendencia a la regularidad que expresaba muy bien el bienestar de la clase media bergaresa²⁵, que adoptó el mismo lenguaje formal de las élites locales. Sus casas se edificaron “a la moda”, con un cuidadoso tratamiento del material en piedra sillar con leves molduras enmarcando los vanos y platabandas ritmando los muros, con vanos amplios y balcones corridos en el primer piso; la efectividad del modelo al expresar un mensaje de comodidad fue tal que ha sido imitado con mayor o menor fortuna hasta finales del siglo XIX.

4.6. El aislamiento

Otro de los recursos empleados a la hora de singularizar un edificio en el entramado urbano va a ser intentar aislarlo, de tal modo que destaque sobre todos los demás. Esta tendencia es habitual en la construcción de edificios públicos, y en la misma villa de Bergara podemos apreciar que ése fue el modo de actuar tanto de la Compañía de Jesús como del Concejo, cuando en pleno siglo XVII dejaron un amplio espacio, origen de la actual plaza, ante sus respectivas sedes, pero también alcanza, y con fuerza, al ámbito de lo privado. A partir del siglo XV se observa con cierta frecuencia cómo el grupo de mayor jerarquía social ha renunciado parcialmente a su derecho a construir en el propio suelo con tal de destacar su propia casa, de tal modo que expresara de un modo físico la distinción social de su poseedor.

El fenómeno es observable ya en las torres bajomedievales. Buena parte de las que conocemos no se alineaban con las casas de la misma acera, sino que contaban con un espacio cerrado o no pero en todo caso sin edificar en su frente. Este espacio, que en origen pudo responder a una trasposición literal de las torres rurales²⁶, cumplía además una función simbólica que permanece durante siglos con independencia de la utilidad que de él se pudiera extraer (unos podían pretender mejores vistas o más luz, otros por el contrario aislamiento).

25. Vid. GIL MASSA, J.A., “Casas burguesas del siglo XVII en Bergara”, *Ondare*, nº 19 (2000), pp. 371-380.

26. LINAZASORO, J.I., *Permanencias y arquitectura urbana*, Barcelona, 1978, p. 119.

Encontramos buenos ejemplos. El palacio Egino Mallea –una suntuosa construcción manierista del último tercio del siglo XVI– se levanta al fondo de una plazuela. Sus promotores adquirieron varios solares para edificarlo y dejaron un amplio espacio en su frente de modo que la nueva obra, moderna y elegante, pudiera ofrecerse a la admiración pública y convertirse en un elemento destacado del entramado urbano. Parecida actitud adoptaron los poseedores de las casas de Olaso y Azkarate-Marutegi, aunque con carácter retroactivo: ambas contaban con huerta y casillas anejas y se hallaban plenamente integradas en la estructura urbana, pues bien, cuando en 1617 se abrió una pequeña plaza ante lo que fue el hospital de la villa y la iglesia de San Pedro, ambas familias derribaron parte de las casillas secundarias –incluso renunciando a las rentas que les producían– y retranquearon la pared de sus huertas para dejar espacio libre junto a sus casas abierto al público²⁷, con ello no sólo consiguieron mayores vistas, sino destacar más su casa en el conjunto de la villa.

El caso más extremo lo constituye el ya citado de la casa de Rotalde, cuyo dueño, don Martín de Murua, al derribar varias casas cercanas, obtuvo no sólo el deseado aislamiento, sino que la singularidad de su casa fuera todavía más señalada, tanto desde un punto de vista urbanístico como social. Un caso diferente es el del palacio Izagirre-Moya, que no contaba con un espacio que lo destacara, pero que fue reconstruido íntegramente en el siglo XVIII creando una gran fachada donde antes sólo había un muro de cierre aprovechando la apertura de la nueva plaza de San Martín.

A modo de conclusión, y aun a riesgo de caer en la reiteración, nos parece oportuno insistir en el hecho de que la arquitectura doméstica ha sido seña de identidad de los distintos grupos sociales, siendo conscientes, eso sí, de que los grupos económicamente menos favorecidos hallaron su imagen arquitectónica de forma espontánea, no volitiva, como fue el caso de las élites e incluso de los grupos intermedios.

27. AMB, L 106, ff. 90 y ss.